

M. ARANDA, S. ARENAS, *Ecclesiam Dei. Propuesta de Chile en el proceso de elaboración del Documento sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II. Texto original, Traducción, su Historia y sus Autores*, Anales de la Facultad de Teología, Vol. LXV, n. 103, Pont. Univ. Católica de Chile, Santiago de Chile 2014, pp. 309.

EN el ámbito de los estudios sobre el Concilio Vaticano II aparece ahora un valioso texto que pertenece a la historia de la redacción de la Constitución dogmática *Lumen gentium*. Las autoras de esta edición son profesoras en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile y expertas en la materia.

Como es sabido, el primer esquema *De Ecclesia*, presentado en el Aula conciliar en la primera semana de diciembre de 1962, fue objeto de numerosas críticas por parte de diversos Padres conciliares; de hecho, no llegó a ser sometido a votación. Unas semanas antes de este debate ya estaban circulando entre los Padres conciliares diversas propuestas alternativas a este borrador. En los meses siguientes a esta discusión, hasta marzo de 1963, la suerte del documento base fue muy incierta.

A inicios de 1963, el cardenal Raúl Silva Henríquez pidió a un grupo de teólogos de la Facultad de Teología de la Pont. Universidad Católica de Chile que elaboraran un esquema alternativo al discutido en el Aula conciliar unas semanas antes. El documento que es fruto de ese trabajo – realizado en poco más de un mes – llevaba por título *Ecclesiam Dei*, y se postulaba como una redacción alternativa al esquema dedicado al misterio de la Iglesia. Este texto fue enviado al secretario general del Concilio, mons. Pericle Felici, en el mes de febrero, habiendo llegado a la secretaria general del Concilio el día 21 de ese mes. A finales de febrero el proyecto del esquema *de Ecclesia* fue encauzado: se decidió tomar como texto base la propuesta de mons. Gerard Philips – también llamado “esquema belga” –, a la que se añadirían elementos de los esquemas más consistentes que habían llegado a la secretaría del Concilio. Estos eran: la propuesta de mons. Pietro Parente – que desde perspectivas curiales buscaba una solución para el texto –, el esquema francés, el esquema alemán y el esquema chileno. Las demás propuestas fueron tenidas en cuenta para aspectos más concretos o de detalle.

Aunque la acción del episcopado chileno en la historia redaccional de la Constitución dogmática sobre la Iglesia – liderada por el cardenal Silva Henríquez –, es genéricamente conocida entre los expertos, en los últimos cincuenta años los historiadores se han fijado principalmente en el trabajo de Philips y no hay grandes estudios dedicados al papel de los chilenos en la elaboración del texto conciliar dedicado a la Iglesia. Por eso es muy de agradecer la iniciativa de editar el texto original del esquema chileno, especialmente porque en este caso se ofrece al lector una copia exacta en color de la versión del documento conservada

por el cardenal Jorge Medina y donada posteriormente por este purpurado a la Universidad Católica de Chile; también se ofrece una traducción del mismo en lengua española y se presentan otros instrumentos que facilitan su comprensión y ubicación en el debate conciliar. Por lo que sabemos, este esquema fue publicado por primera vez en la edición de la *Synopsis* de la *Lumen gentium* realizada por Giuseppe Alberigo y Franca Magistretti en 1975. El texto que fue publicado entonces contenía algunas correcciones realizadas por los mismos editores en el texto chileno. Además, le faltaba la introducción. Las autoras han recibido este texto y han asumido las correcciones realizadas entonces, pero han querido mostrar también la versión original del mismo. Más adelante se hizo una segunda edición del esquema chileno, esta vez con su introducción. Fue publicada en 1995 por mons. Francisco Gil-Hellín en su monumental proyecto de las *synopsis* de todos los documentos del Concilio Vaticano II (*Concilii Vaticani II Synopsis in ordinem redigens schemata cum relationibus necnon patrum orationes atque animadversiones. Constitutio dogmatica de Ecclesia Lumen gentium*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1995; en concreto, el esquema chileno, con su introducción, aparece en las pp. 762-845). En este caso la fuente del texto se encuentra en el archivo conciliar. Esta segunda edición no parece ser conocida por las autoras chilenas.

La originalidad de esta obra está, por tanto, en ser la primera publicación aislada de la versión latina del esquema chileno, en color y en impresión fac-simil del documento escrito a máquina y enviado por el episcopado chileno a la secretaría general del Concilio, con propuesta de una traducción española. Estamos, por tanto, delante de la publicación de una fuente importante que pertenece de pleno derecho a la historia del Vaticano II y servirá para poder entender mejor el papel del documento chileno en algunas de las elecciones realizadas por esta magna asamblea eclesial.

Vamos a dedicar el resto de esta recensión a la descripción de la estructura y contenido de esta publicación. El Prólogo está firmado por el profesor ordinario de eclesiología de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Rodrigo Polanco. En él se explica que el influjo de este Centro de enseñanza universitaria en el Concilio Vaticano II viene de una gran tradición de buenos profesores, especialistas en los Padres de la Iglesia y en la Sagrada Escritura, y de un trabajo paciente de muchos años, que resultó en la buena preparación del clero chileno. El profesor Polanco se detiene también en algunas características del trabajo realizado por las autoras y en los rasgos principales de la eclesiología que se contiene en el documento chileno.

Después del prólogo, el libro se divide en tres partes. La primera, firmada por las dos autoras, está dedicada a explicar sucintamente la historia conciliar y, más detenidamente, a concretar el influjo del episcopado y de los teólogos del “grupo chileno”, que – como es bien señalado – han trabajado en una armonía singular. Las autoras justifican el uso de comillas en la expresión “grupo chileno” a causa

de la presencia de belgas e italianos en ese equipo de trabajo, en concreto, de los profesores Joseph Comblin, Egidio Viganò y Florencio Hoffmans. También se detienen en la individuación de los miembros del grupo de teólogos que, desde Chile, asesoraban al cardenal Silva Henríquez, formulando algunas hipótesis sobre la autoría de las distintas partes del documento *Ecclesiam Dei*.

El esquema chileno era el más largo de todos los proyectos presentados y, por tanto, es lógico que en él se encuentren muchas aportaciones de gran interés. Es imposible detenernos en todas ellas en una recensión, pero podemos destacar algunas, como la estructura trinitaria del misterio eclesial, que se hace muy patente en el primer capítulo del documento chileno y después se hará patente en el capítulo primero de la *Lumen gentium*. En el *Ecclesiam Dei* se encuentra también la propuesta de incluir a la Virgen María en el esquema eclesiológico. En este caso concreto, el esquema chileno anticipa lo que nueve meses después se llevó a cabo en la asamblea conciliar. En general, se siente en el documento una conexión con la teología francófona, belga y alemana de aquél entonces, y es lógico que el lector se interrogue sobre la singularidad de este fenómeno en el contexto latino-americano. La respuesta se encuentra en este libro: en la facultad de teología de Santiago de Chile había varios profesores de esas nacionalidades, o que habían estado estudiando en esos países en los veinte años anteriores a la celebración del evento conciliar.

La segunda parte del libro (pp. 65-169) es la reproducción fac-simil y en color del documento *Ecclesiam Dei*, tal como se encuentra en el archivo de la Facultad de Teología de Santiago de Chile. Como ya hemos dicho, el texto ha sido donado al Centro por el Cardenal Jorge Medina. La tercera parte contiene la traducción de los capítulos del texto latino, realizada por Marcela Aranda. Los comentarios a cada capítulo, que habían sido realizados en castellano, no fueron repetidos aquí, por lo que el lector podrá leerlos en la segunda parte del libro. La traducción de la introducción fue realizada por Claudio Pierantoni. La cuarta parte de esta obra, muy breve, contiene algunos comentarios de traducción, las variantes en los textos, los errores de citación y algunas correcciones filológicas al texto del *Ecclesiam Dei*, también firmado por Marcela Aranda.

En fin, la quinta parte del libro recoge las entrevistas que las autoras han realizado al padre Juan Ochagavía s.j., al cardenal Jorge Medina y a don Joseph Comblin, sobre el esquema chileno y las circunstancias de su elaboración. Estas entrevistas han sido realizadas en octubre y noviembre de 2010. Al final, las autoras han añadido una bibliografía sobre el *Ecclesiam Dei*, que cuenta con las fuentes y las obras utilizadas con más frecuencia por los redactores. Esperamos que esta obra pueda abrir las puertas a un mayor conocimiento de la intervención chilena en el Vaticano II y a ulteriores investigaciones.

A. DUCAY, *Riportare il mondo al Padre. Corso di soteriologia cristiana*, Edusc, Roma 2016, pp. 323.

EL presente manual -fruto de más de veinte años de docencia del curso de Soteriología- combina la intención de ofrecer un texto de base, es decir, contiene de modo sintético los elementos esenciales de la obra salvífica de Cristo, con un modo original de estructurar dichos contenidos.

En su división clásica, señala el Autor en la presentación del libro (pp. 15-17), la Cristología constaba de dos partes dedicadas a la Persona y a la misión de Cristo, respectivamente. Sin embargo, en los últimos cincuenta años los distintos manuales han buscado una mayor unidad e integración, como resultado de la toma de conciencia de que históricamente ambos discursos se originaron en una mutua dependencia y reciprocidad. Teniendo esto presente, a la vez, la experiencia de A. Ducay en las aulas muestra que, por una razón práctica, es más conveniente dedicar un semestre académico completo a la enseñanza de la Soteriología: con ello se facilita que los alumnos puedan integrar los conceptos propios del curso disponiendo del tiempo necesario. Esta opción didáctica explica por qué el manual no se articula según el clásico esquema tripartito (parte bíblica, parte histórica y parte sistemática), considerando que sus destinatarios -estudiantes del primer ciclo de Teología que previamente han cursado Cristología- conocen una buena parte de los contenidos del tratado.

En la primera parte, el manual nos pone directamente frente al dato revelado: *La salvezza dell'uomo nel Verbo fatto carne*. La exposición inicia con una descripción de corte más fenomenológico sobre la fragilidad humana, la ineficacia de los intentos exclusivamente humanos para alcanzar la felicidad y la necesidad de salvación en Cristo. Hace referencia a la muerte, el mal, el sufrimiento, la culpa, la soledad, el desorden del mundo, el enigma del Absoluto y la fatiga del hombre en la búsqueda de sentido (cap. I).

A continuación, presenta un recorrido histórico en el que dialoga con grandes pensadores cristianos que en distintas épocas han intentado comprender el sentido salvífico de la misión del Hijo. La pregunta fundamental no es tanto por qué muere Jesús -propia de una soteriología insuficiente como la anselmiana- sino qué sentido tiene su venida al mundo. Con ello, el Autor nos introduce en una comprensión más amplia del concepto de salvación que no se reduce a la mera liberación del pecado. En esta línea, al final del capítulo (pp. 66-69), individúa tres elementos distintivos de la Soteriología contemporánea. Los dos primeros constituyen un volver a la Tradición patristica: recuperar la unidad del proyecto de Dios y presentar una visión más unitaria de la historia terrena de Cristo. El último, es una contribución propia de la Teología actual, en la línea del Concilio Vaticano II. Consiste en considerar el misterio salvífico de Cristo desde una perspectiva más personalista y trinitaria. Estos elementos son una clave de lectura de las páginas restantes (cap. II).

El segundo apartado, *Gesù Cristo Mediatore di salvezza*, es el núcleo de la obra. Se articula en dos capítulos. El primero, de carácter histórico-bíblico, considera la mediación de Jesús en la perspectiva de la Alianza (cap. III).

El segundo, más analítico, expone la mediación en cuanto tal: su sentido, su finalidad y los elementos que la caracterizan. Según A. Ducay, el Hijo, al hacerse hombre, viene a revelar el misterio de la Trinidad y a restablecer y llevar a cumplimiento el proyecto del Padre, interrumpido por el pecado. Dios se manifiesta en cada momento de la vida singular y concreta del Verbo encarnado, en su acción de recuperar y realizar su designio salvífico. La Redención, como acción trinitaria, tiene su centro en el corazón de Jesús, quien, al asumir la realidad creada y herida, entra en contacto con ella para redimirla. Estas ideas son un eco de las palabras de la primera Encíclica de san Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, citadas en el mismo libro (p. 111): «La Redención del mundo -este tremendo misterio con el que la Creación es renovada- es, en su raíz más profunda, la plenitud de la justicia en un corazón humano: en el corazón humano del Hijo primogénito, para que pueda convertirse en justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales desde la eternidad han sido predestinados a ser hechos hijos de Dios» (nº 11). En todo momento de su paso por la tierra, Jesús adopta la mirada misericordiosa del Padre, por eso, en su espíritu humano lleno del Espíritu Santo, nace una realidad transformada, capaz de ser redirigida al mismo Padre. El capítulo constituye una aportación original del manual porque da un enfoque innovador al estudio de la obra redentora de Cristo (cap. IV).

La tercera parte, *La vita di Gesù, sorgente di salvezza*, es complementaria a la anterior. Con un matiz soteriológico, se detiene brevemente en los principales misterios históricos del Señor. Recorre los años de la vida oculta y su manifestación pública. Trata el bautismo, las tentaciones en el desierto, la evangelización, la transfiguración y el ingreso mesiánico en Jersusalén (cap. V).

En el contacto filial de Jesús con el mundo se anticipa el sentido salvífico de su Misterio Pascual. Pero la salvación sólo es efectiva en virtud del evento fundamental de la Pascua, culmen de la misión del Hijo en la tierra. Por eso, el Autor se adentra con profundidad en este Misterio en los tres capítulos siguientes que en realidad forman una unidad. En el apartado sobre la pasión de Jesús responde a dos preguntas fundamentales: ¿en qué sentido la muerte del Hijo pertenece al designio del Padre? y ¿por qué la muerte realiza el proyecto divino de salvación? (cap. VI). Luego expone el descenso de Cristo a los infiernos, la Resurrección y su exaltación gloriosa (cap. VII). La misión del Espíritu de Cristo concluye esta sección. Trata la doctrina bíblica e histórica relativa a la Tercera Persona, su relación con la misión redentora del Hijo y cómo la salvación es efectiva en cada hombre por la acción del Paráclito (cap. VIII).

El cuarto y último apartado se titula *La salvezza cristiana* e incide sobre los beneficios y frutos de la obra salvífica: la liberación del pecado y el diablo, la justificación y la reconciliación con Dios, la apertura de la vida humana a la gracia

divina, la revelación del sentido último del hombre y de lo creado, la Iglesia y los sacramentos. Termina con la Parusía de Cristo (cap. IX).

El esquema que adopta el libro y el modo en el que se explican los diversos temas permiten concluir que estamos frente a un manual que va más allá de la mera exposición de unos datos preestablecidos. El Autor pretende hacer, junto con el alumno, un recorrido teológico en torno a un eje que da unidad y sentido a todo el trayecto. El núcleo en torno al cual converge toda la obra salvífica de Jesús, se resume en las palabras que el manual lleva como título: *Riportare il mondo al Padre*. Estas ideas se exponen con detalle en el capítulo IV, aún cuando, como línea de fondo, aparecen también en otros momentos. Se trata de un planteamiento cuyo potencial teológico todavía ha de desarrollarse. Para quien quiera profundizar en el tema, un buen complemento es el artículo de A. Ducay publicado hace dos años: *La redenzione come apertura della vita umana alla grazia* («Annales theologici» 29 [2015], 123-138).

A diferencia de lo que ocurre con otras ramas del saber teológico, en el caso de la Soteriología, no existe lo que el Autor llama una “soteriología canónica” (p. 16). No contamos con un concepto esencial exclusivo que explique el sentido último de la Redención. Existen múltiples imágenes y figuras que desde el Nuevo Testamento interpretan la obra salvífica del Hijo -por nombrar algunas: recapitulación, mediación, sacrificio, redención, mérito, satisfacción-. Reducir esta multiplicidad a un único parámetro de lectura constituiría, además de una arbitrariedad, un gran empobrecimiento. Por esta razón, lo que el manual procura hacer es presentar un foco que da luz e integra de modo armónico los modelos que la Escritura, la Tradición y la reflexión teológica han propuesto a lo largo de la historia.

Desde un punto de vista formal se agradece el estilo cuidado y a la vez sencillo con que se elabora el discurso. Por otra parte, la abundante bibliografía sirve de guía para profundizar en los distintos temas.

En años recientes, A. Ducay publicó un manual de Mariología (*La prediletta di Dio. Sintesi di Mariologia*, Aracne, Roma 2013, pp. 236), consecuencia también de largos años de docencia sobre la materia. En esta línea, esperamos que pronto salga a la luz un volumen de Cristología que complete la obra que tenemos de frente. En una sociedad postmoderna en la que hemos de volver a poner en el centro de la predicación el anuncio del *kerigma*, una enseñanza viva, profunda y penetrante de la Cristología y de la Soteriología aparece como una tarea de primera importancia. Sólo nos queda reiterar que nos encontramos ante un manual que constituye una contribución ante este desafío.

J. LEAL, *Avvio alla Patrologia. Come hanno letto la Bibbia i Padri della Chiesa*, Edusc, Roma 2015, pp. 374.

LA presente pubblicazione di J. Leal offre ai conoscitori dell'antichità cristiana uno studio accurato sulla letteratura dei primi otto secoli, vista da una prospettiva particolare, quella –già indicata dal sottotitolo– della lettura e commento della Sacra Scrittura ad opera dei Padri della Chiesa.

Il libro comprende trentanove capitoli –tra scrittori e opere di autori a noi sconosciuti– partendo da san Clemente Romano, posto subito dopo la *Didaché*, fino a san Giovanni di Damasco, in un percorso cronologico che presenta le grandi figure della Patrologia, oltre ad alcuni autori che spesso –forse per limiti di tempo nei corsi di introduzione ai Padri– rimangono in secondo piano, come Diodoro di Tarso, Ticonio e Cesareo di Arles. Di ognuno degli scrittori si propone una breve biografia ed un illuminante appunto sulla tendenza esegetica adottata, di cui si offrono saggi nelle pagine successive, dove i testi di una o più opere occupano un ampio spazio –tra le cinque e le dieci pagine in media, a seconda dello scrittore–; ciò permette di ricavare un'idea compiuta del pensiero dell'autore riguardo alla Bibbia. Ogni capitolo si chiude con una bibliografia specifica, in ambito esegetico, relativa ai contributi del Padre in questione.

Allo scopo di comprendere le diverse modalità dell'esegesi antica, lo studio si apre con una sintetica ma al contempo incisiva esposizione dell'Autore, per stabilire le coordinate di base nell'affrontare la ricchezza e la varietà degli atteggiamenti di fronte al testo sacro. Alla domanda “come hanno letto la Bibbia i Padri della Chiesa?”, tenendo conto del fatto che i Padri sono consapevoli di avere in mano un testo ispirato, la risposta individua i due livelli di lettura da essi adottati: letterale e allegorica. Per questi commentatori, di solito non v'è dubbio che il primo significato della Scrittura sia quello letterale che, poggiato sul linguaggio e sulle circostanze storiche, permette di cogliere il senso preciso del testo. D'altro canto, l'esegesi allegorica, nello scoprire un secondo senso oltre al primo, propone di leggere l'Antico Testamento alla luce del Nuovo in modo che quest'ultimo sia interprete di alcuni degli eventi e delle espressioni dell'Antico. Questa esegesi, detta tipologica, apre la strada a quella propriamente allegorica la quale, diversa dalla tipologica nel contenuto, segue lo stesso procedimento ermeneutico, vale a dire una lettura ad un livello superiore a quello della lettera. L'allegoria permette infatti di scoprire sensi di diverso ordine in una stessa espressione letteraria.

A questo riguardo è interessante individuare gli autori e i momenti che hanno favorito il progressivo sviluppo dell'esegesi biblica. Nella prima metà del secolo II –verso il 130-140– l'epistola dello Pseudo Barnaba, centrata sull'Antico Testamento, propone un'interpretazione allegorica, o *misdrashica* per dirla in categorie ebraiche, offrendo un buon esempio di uso della numerologia e della simbologia. Nel suo *Dialogo con Trifone*, basato anch'esso sull'Antico Testamento, Giustino († 165) si presenta come un maestro dell'esegesi tipologica, mostrando

la luce che il Nuovo Testamento getta sull'Antico. Pochi decenni dopo, Ireneo († 200) opererà anch'egli una lettura cristologica della Bibbia, e sarà il primo a considerare i Vangeli e le Lettere alla stessa altezza dell'Antico Testamento.

Tra la fine del II secolo e l'inizio del III, l'esegesi di Tertulliano († 222 ca.) è un esempio di equilibrio tra lettera e allegoria. Guidato dalla *Regula fidei*, egli stabilisce tre principi interpretativi: la maggioranza delle affermazioni della Scrittura servono per interpretare la minoranza (*Prax.* 20,2); si deve prediligere l'uso dell'interpretazione letterale, specialmente quando si tratta delle parole di Gesù; l'interpretazione più antica deve pesare di più. Quasi contemporaneo di Tertulliano, sotto il nome d'Ippolito e autore, tra altre opere, del *Contro Noeto* e del *Commentario su David*, troviamo uno scrittore ritenuto da alcuni l'iniziatore dell'esegesi come genere letterario autonomo, avendo composto un commento sistematico ad un libro della Bibbia al di fuori di ogni contesto di polemica teologica. Ippolito segue il metodo allegorico, anche se con moderazione, ma antepone la lettura cristologica.

Un momento di grande rilevanza nella storia dell'esegesi biblica è rappresentato dall'approfondimento dell'allegorismo da parte degli alessandrini. Per Clemente († 215 ca.) l'allegoria è il principio ermeneutico che permette di passare dal livello inferiore, letterale e storico, a quello superiore, esplorando così i sensi della Bibbia –storico, dottrinale, profetico, filosofico, mistico–. Secondo Clemente, i testi non devono essere interpretati allegoricamente in tutte le parole, ma soltanto in quelle che indicano il concetto generale complessivo del passo.

Nella prospettiva di Origene († 253), invece, senz'altro in virtù della sua sensibilità intellettuale, nella Scrittura –in quanto parola di Cristo– ogni parola ha la sua ragion d'essere ed è dotata di un significato interamente cristologico; ciò significa che lo scopo principale è ricercare, al di là di quello letterale, il significato spirituale. La Scrittura presenta, dunque, due livelli di significato: quello letterale, corrispondente alla realtà sensibile, e quello spirituale, che si riferisce alla realtà intelligibile. Come osserva Origene, «le Scritture nel loro complesso, per quanto comprese esattamente e a fondo, non costituiscono, penso, se non i primissimi elementi e un'introduzione affatto sommaria rispetto alla totalità della conoscenza» (*Comm. a Giov.* XIII, V.29).

Nel corso dell'età d'oro della Patristica si moltiplicheranno gli intenti di bilanciamento attorno alle due grandi linee di lettura. Da una parte troviamo gli autori di formazione alessandrina, come Eusebio di Cesarea († 339) il quale, pur essendo un profondo conoscitore di Origene, si posiziona a metà strada tra allegoria e lettera. Analogamente, Basilio Magno († 379), autore con Gregorio Nazianzeno della *Philocalia*, una sorta di manuale di teoria esegetica sulla scia di Origene, modererà le fioriture allegorizzanti e cercherà anche un'interpretazione letterale. D'altra parte, nella tradizione antiochena, Diodoro di Tarso († 394) opererà per primo una distinzione tra *allegoria* –sinonimo di lettera–, *theoria* –inteso come tipologia che non cancella il senso letterale– e *tropologia* –modo di parlare figu-

rativamente-. Autorevoli rappresentanti della stessa tradizione saranno più tardi Teodoro di Mopsuestia († 428), che predilige la lettura tipologica e Giovanni Crisostomo († 407), più favorevole a quella letterale, che limiterà l'allegoria a passi concreti. Teodoreto di Cirro († 466), iniziatore della manualistica, reagirà contro l'esagerazione letteralista e si sforzerà di recuperare l'allegoria, evitando però l'impiego del termine *allegoria*. Un atteggiamento in certo modo inverso si percepisce nella produzione di Girolamo († 420): egli, nella sua fase origeniana, dai lemmi tradotti dal greco e dall'ebraico, arriverà all'interpretazione letterale e poi a quella allegorica; dopo la polemica, invece, si distaccherà dall'Alessandrino biasimandone l'eccessivo allegorismo. Un'osservazione di questo grande commentatore della Bibbia sintetizza il nucleo del suo pensiero: «ignorare le Scritture è ignorare Cristo» (*Comm. Isaia* I, 1).

Sempre in ambito latino, sant'Ambrogio († 397) sceglie una lettura prettamente allegorica, alla ricerca del senso spirituale. Egli è il primo che, per designare i due sensi della Scrittura, impiegherà i termini *morale* –il cui significato è però ambiguo– e *mistico* –per riferirsi al contenuto specificamente cristiano, in particolare cristologico–. Nella sua esegesi osserviamo diversi procedimenti, come simbologie numeriche ed etimologie.

Notevole è l'introduzione che il libro di Leal offre alla figura del donatista Ticonio († 390), artefice del più antico manuale di ermeneutica dell'Occidente. A queste pagine segue il pregevole capitolo destinato a sant'Agostino († 430), una sintesi eccellente data la difficoltà dell'impresa di compendiare la sfaccettata figura del vescovo di Ippona. Dopo l'itinerario della sua conversione al cristianesimo e le polemiche dottrinali, si presentano i contributi di Agostino all'interpretazione della Scrittura. Si può rilevare che egli sdoppia la tipologia in due ambiti: uno storico e uno attualizzante. Senza dubbio, l'unica interpretazione che veramente interessa Agostino è quella spirituale, presentata senza ricorso all'allegorizzazione. Nonostante ciò, egli impiega anche l'allegoria ma privilegia il simbolismo etimologico. Certamente l'opera agostiniana di teoria esegetica di maggior rilievo è il *De doctrina christiana*, dove il criterio metodologico è la scoperta del significato più elevato, per guidare ad una lettura spirituale. Nel periodo finale della patristica, in Occidente, Gregorio Magno († 604) riprende l'esegesi in tre livelli: letterale, spirituale e mistico. Isidoro di Siviglia († 636), ultimo filologo dell'antichità, predilige l'esegesi allegorica, ma la tiene sotto controllo. In Oriente, Giovanni Damasceno († 750 ca.) impiega nelle sue omelie tanto una misurata allegoria quanto la tipologia. Riguardo ai restanti autori, si evidenziano i contributi di ciascuno, per quanto concerne sia le sfumature di metodo, sia alcune intelligenti letture; si offrono inoltre belle testimonianze del loro modo colmo di rispetto di accostarsi alla Parola di Dio.

Nelle ultime pagine del libro si trova un'originale cronologia dei Padri, ideata dall'Autore, da leggersi in senso orario, come un orologio; seguono l'elenco delle edizioni dei testi riportati nel volume ed un utile indice biblico.

In conclusione, va sottolineato che il testo, concepito dall'Autore come un manuale, realizza efficacemente l'obiettivo di introdurre piacevolmente alla conoscenza del pensiero patristico, con particolare riferimento all'interpretazione della Scrittura, che costituisce il fulcro di ogni studio teologico.

S. MAS

A. MARTIN, C. BROCCARDO, M. GIROLAMI, *Edificare sul fondamento. Introduzione alle lettere deuteropaoline e alle lettere cattoliche non giovannee*, (Graphé 8) Elle Di Ci, Torino 2015, pp. 458.

SECONDO la programmazione della nuova collana italiana «Graphé» (Editrice Elledici - Torino) dedicata ai manuali biblici, il volume di A. Martin, C. Broccardo e M. Girolami completa la trattazione delle lettere paoline presentate nel precedente libro di A. Pitta, *L'evangelo di Paolo. Introduzione alle lettere autoriali*, Elledici, Torino 2013. Oltre alle lettere deuteropaoline (Ef; Col; 2Ts) e alle Pastorali (1-2Tm; Tt), secondo il progetto editoriale sono state incluse nella trattazione anche la lettera di Giacomo, 1-2Pietro e Giuda. Il prof. A. Martin, direttore dell'ITA e docente presso l'Istituto teologico del Seminario di Vicenza, ha coordinato questo libro, scritto in collaborazione con il prof. C. Broccardo e il prof. M. Girolami, docenti presso la Facoltà del Triveneto (Padova). Nell'introduzione generale Martin sottolinea l'eterogeneità e la varietà di questa sezione epistolare del Nuovo Testamento, ribadendo però il crescente interesse per questi scritti «che hanno segnato tappe fondamentali nella riflessione cristiana circa tematiche cruciali di cristologia, ecclesiologia e morale» (p. 9). Colpisce soprattutto il ruolo che queste lettere hanno esercitato nel contribuire ad edificare la Chiesa sul fondamento cristologico. A partire dall'espressione di Ef 2,20 «edificare sul fondamento», che fa da titolo al volume, gli autori hanno mostrato l'efficacia di questi scritti per la crescita delle prime comunità cristiane.

Presentando la lettera agli Efesini (pp. 11-57) Martin segue un approccio in tre tappe. Nella prima tappa si affrontano alcune problematiche introduttorie; la descrizione stilistica del testo, il suo genere, la questione deuteropaolina, l'autore, la datazione della lettera e la sua disposizione. Segue una seconda tappa più ampia, che consiste nella lettura progressiva delle unità letterarie. Nella terza tappa si segnalano quattro temi teologici prevalenti (il mistero, Cristo capo e Chiesa corpo, escatologia realizzata, la visione del matrimonio). Seguendo lo stesso procedimento tripartito, si presenta la lettera ai Colossesi. Martin riporta in sintesi la discussione sull'autore e la datazione dello scritto, lasciando aperta una doppia opzione: se si opta per la paternità paolina allora la stesura dello scritto oscilla tra il 61 e il 62 d.C., dopo la redazione della lettera a Filemone. Se invece ci si orienta

per l'ipotesi pseudoepigrafica collocando la stesura della lettera dopo la scomparsa dell'Apostolo, il ventaglio delle ipotesi si allarga. Ripercorrendo la lettura progressiva del testo, Martin sottolinea l'espansione cristologica di Col 1,15-20 (pp. 68-74). Tra i temi teologici evidenziati vi è la cristologia cosmica, la questione dell'errore di Colossi e la metafora paolina dell'uomo vecchio e l'uomo nuovo.

Nel presentare la Seconda Lettera ai Tessalonicesi, Martin mostra le convergenze e le divergenze rispetto alla Prima Lettera ai Tessalonicesi, lasciando aperta la questione della paternità dello scritto (pp. 96-97). Circa la disposizione, vengono presentate due proposte: una prima opzione segue i criteri dell'analisi retorica (*esordium*: 1,1-12; *partitio*: 2,1-2; a) *probatio* 2,3-12; b) *probatio*: 2,13-15; *peroratio*: 2,16-17; *exortatio*: 3,1-15; *postscriptum*: 3,16-18). Una seconda disposizione segue il confronto con la prima lettera ai Tessalonicesi (Prescritto: 1,1-2; Prima Parte: 1,3-3,5; Seconda Parte: 3,6-16a; Postscritto: 3,16b-18). Il nostro autore segue la seconda proposta e offre una lettura progressiva dei contenuti evidenziando il messaggio escatologico della lettera e l'esortazione al lavoro che Paolo rivolge alla comunità. Nella parte teologica vengono riassunte due tematiche: la parusia presente e dilazionata e la questione dell'identificazione dell'«uomo iniquo» (l'Anticristo?), la cui figura rappresenterebbe «tutte le realtà che in ogni ora del cristianesimo si sono apertamente e studiatamente presentate (e si presenteranno in futuro) come ostili al vangelo di Gesù e ai suoi discepoli» (p. 116).

La sezione delle Lettere Pastorali è curata da M. Girolami, che articola in quattro capitoli la sua trattazione: a) Le linee generali del *Corpus pastorale* (pp. 119-142); b) La Prima Lettera a Timoteo (pp. 143-190); c) La Lettera a Tito (pp. 191-214); d) La Seconda Lettera a Timoteo (pp. 215-245). Riassumendo le problematiche delle Lettere Pastorali, Girolami accenna al persistente pregiudizio che ha contraddistinto questi scritti nella tradizione esegetica. Si tratterebbe di lettere secondarie, nate nell'ambito del processo organizzativo della Chiesa primitiva, che rispecchiano soprattutto il passaggio istituzionale del movimento cristiano nella sua espansione (cfr. la relazione tra Vangelo e «deposito della fede»). Annota il nostro autore: «Tale visione riduttiva delle LP non giova a cogliere la ricchezza e la freschezza della loro autentica testimonianza alla memoria apostolica di Gesù. L'invito alla custodia del deposito non è una conservazione sotto vuoto di un prodotto che potrebbe marcire, ma è la volontà di rimanere in ciò che è stato annunciato senza allontanarsi dalla vera manifestazione di Gesù Cristo affidata alla Chiesa» (p. 120). Una questione rilevante è rappresentata dal dibattito sulla paternità apostolica delle Pastorali. L'autorevolezza della figura paolina risuona nello sviluppo epistolare come una «memoria» sicura per la custodia della fede e per la formazione dei «pastori» delle comunità ecclesiali. In tale prospettiva il dibattito circa l'autore rimane aperto e collocato nell'ambito del fenomeno diffuso della pseudoepigrafia (pp. 124-126). Vengono successivamente riassunti i profili di Paolo, Timoteo e Tito, evidenziando il ruolo dei «*personalia*» paolini contenuti in questi scritti. Il quadro teologico delle Pastorali è sintetizzato in quattro temi:

a) *l'epifáneia*; b) la *didaskalía*; c) *L'eusébeia*; d) La verità del vangelo mediante la trasmissione apostolica (pp. 135-140).

Circa la disposizione della Prima Lettera a Timoteo, Girolami segnala dopo il prescritto epistolare (1,1-2) tre grandi parti: a) 1,3-20; b) 2,1-3,16; c) 4,1-6,21. Segue la guida alla lettura del testo, in cui si pone in risalto la ricchezza pastorale delle indicazioni che l'Apostolo offre al suo discepolo prediletto. Egli dovrà essere testimone autorevole del Vangelo, nella piena coscienza di servire autenticamente la Chiesa radunata nella casa di Dio (pp. 145-174). Sono ben focalizzate le indicazioni varie per vivere la fede e contribuire alla crescita della comunità, articolata in diverse membra e funzioni (pp. 174-190).

Segue la presentazione della Lettera a Tito, i cui contenuti sono analoghi a quanto esposto nella Prima lettera a Timoteo. L'Apostolo continua a dare preziose indicazioni su come dirigere i credenti nella comunità di Creta. La lettera evidenzia due movimenti fondamentali: «i primi due capitoli sono dedicati alla presentazione della “sana dottrina” e invece l'ultimo capitolo è dedicato alle “opere buone”, cartina di tornasole della bontà della vita cristiana» (p. 191). Gli insegnamenti proposti a Tito evidenziano la stretta connessione tra i contenuti della predicazione evangelica e l'azione pastorale che deve incidere nel processo educativo dei credenti. Essi «sono chiamati a collaborare e ad aiutarsi per manifestare con le opere buone la volontà di Dio che è a favore di tutti gli uomini» (p. 214).

La Seconda lettera a Timoteo può essere definita come il «testamento spirituale che consegna non solo delle indicazioni pratiche a Timoteo, ma soprattutto lo spirito apostolico che Paolo ha vissuto fino alla fine» (p. 215). Seguendo un criterio tematico, viene presentata la disposizione della lettera in sei parti: I. 1,12; II. 1,3-18; III. 2,1-26; IV. 3,1-4,8; V. 4,9-18; VI. 4,19-22. La relazione filiale di Timoteo con l'Apostolo si traduce in una toccante consegna testimoniale. Come un padre amorevole, Paolo esorta, rincuora e istruisce Timoteo in vista del ministero che lo attende. Le immagini che vengono rielaborate lungo la guida alla lettura sono suggestive ed evocano la responsabilità del ministro del vangelo, la coerenza della testimonianza e la solidità nell'insegnamento della verità. Tra i diversi temi presi in considerazione, si ribadisce la centralità della Sacra Scrittura per la formazione dell'uomo di Dio (pp. 237-242). Le ultime raccomandazioni dell'Apostolo tratteggiano la figura paolina in una condizione di solitudine e di attesa della morte (la «passione di Paolo»). Anche in quest'ultima tappa della sua missione, Paolo rappresenta per Timoteo l'esempio autorevole di come incarnare il messaggio di Gesù. Restandogli fedele fino al martirio (cfr. p. 245).

Terminata la trattazione degli scritti paolini, si passa alla disamina delle altre lettere non paoline. Ampio spazio è dedicato alla presentazione della Lettera agli Ebrei (pp. 247-339) a cura di A. Martin. Originariamente inclusa nel *Corpus paolinum*, a partire dal Rinascimento la paternità paolina della lettera agli Ebrei è stata messa in discussione, fino ai nostri giorni. È prevalente oggi l'idea che la

lettera sia frutto di un'autorevole figura del cristianesimo della cerchia paolina, che ha elaborato una profonda e completa cristologia sacerdotale. Martin lascia aperta la questione della datazione dello scritto e dell'identificazione dei destinatari. Circa il genere letterario, si deve tener conto sia del messaggio esortativo che della ricchezza teologica, che inducono a pensare ad una sorta di insegnamento orale, un'omelia o un'orazione epidittica. «In ultima analisi, la lettera agli Ebrei, non mostrando le qualifiche dell'epistolografia antica, si presenta come un trattato di cristologia sacerdotale» (p. 252). Per la disposizione del testo, il nostro autore opta per la proposta di A. Vanhoye con alcuni ritocchi proposti da H. W. Attridge (cfr. pp. 253-254). L'ampia rilettura dell'epistola mostra da una parte la centralità di Cristo sommo sacerdote misericordioso, e dall'altra il volto di una comunità chiamata a vivere la fedeltà perseverante al progetto di Dio e la solidarietà ecclesiale. Il messaggio teologico della lettera è riassunto in tre temi: la cristologia sacerdotale, la fede e la questione interpretativa del «peccato imperdonabile» (cfr. pp. 328-338).

L'ultima sezione del volume, comprendente la lettera di Giacomo, la Prima e Seconda di Pietro e la lettera di Giuda, è curata da C. Broccardo. La lettera di Giacomo (pp. 341-365), posta in apertura del gruppo delle lettere cattoliche, sembra «voler inaugurare uno stile diverso e una teologia, se non alternativa, parallela a quella delle lettere di Paolo» (p. 342). Broccardo riassume le problematiche introduttive allo scritto giacobeo, lasciando aperta l'identificazione dell'autore, della datazione e del luogo di composizione. Circa il genere letterario, ci si orienta verso una composizione affine al genere omiletico, con un timbro sapienziale e profetico. Si indica come disposizione del testo (1,1: Prescritto; 1,2-27: Introduzione; 2,1-5,6: Corpo della lettera; 5,7-20: Epilogo) la proposta di M. Nicolaci «che vede nel capitolo primo una sorta di introduzione in cui vengono dati i punti di riferimento che guideranno poi il resto della lettera e vengono introdotti per alcuni cenni i temi che poi ritorneranno» (p. 346). Nella guida alla lettura delle singole parti, il nostro autore pone in rilievo la responsabilità di ascoltare e praticare la Parola di Dio, senza favoritismi personali né contese. La comunità a cui Giacomo scrive ha bisogno di essere sostenuta nella fede e di accedere alla «vera sapienza» che aiuta a sopportare le prove con pazienza e perseveranza. Broccardo evidenzia la natura «profondamente teologica» (p. 364) della lettera di Giacomo e ne discute la portata secondo una triplice chiave interpretativa: a) la lettera può essere interpretata come teologia morale-sociale?; b) qual è il senso della profonda relazione tra «parole e azioni»?; c) quale teologia emerge dalla lettera di Giacomo?

Segue la presentazione della Prima Lettera di Pietro (pp. 365-405), considerata un tempo ai margini dell'esegesi e della teologia e, in questi ultimi decenni, tornata al centro di un crescente interesse da parte della ricerca esegetica. Broccardo espone le problematiche riguardanti l'autore, i destinatari, il luogo e la datazione della lettera, evidenziando un duplice indirizzo ermeneutico: alcuni studiosi sostengono la paternità petrina, mediata dall'opera redazionale di Silvano; altri

invece sostengono un lavoro redazionale avvenuto dopo la morte dell'apostolo, finalizzato a recuperare «il suo insegnamento per trasmetterlo in forma epistolare» (p. 369). Le comunità destinatarie sono formate da gruppi pagani, presenti nella regione dell'Asia proconsolare (cfr. 1,1: Ponto, Galazia, Cappadocia e Bitinia). Dalle notizie epistolari si desume la situazione problematica di queste comunità perseguitate, che induce a pensare ad una datazione tra il 70 e il 90 d.C. Circa l'individuazione del genere letterario il nostro autore lascia aperta la prospettiva che annota tre possibili soluzioni: una catechesi battesimale, una lettera o una composizione esortativa (omelia?). Seguendo alcuni elementi della forma epistolare, Broccardo indica una disposizione tripartita dopo il prescritto (1,1-2): a) 1,3-2,10; b) 2,11-4,11; c) 4,12-5,11. Il postscritto (5,12-14) conclude la lettera. Tra gli aspetti emergenti della «guida alla lettura» si possono indicare tre temi: a) l'esortazione a vivere come persone «rigenerate da Dio» e aperte alla speranza; b) l'invito a seguire le orme di Cristo, concretizzando il suo esempio in uno stile di carità e di fraternità; c) la capacità di perseverare di fronte alle persecuzioni. Nel selezionare i temi teologici Broccardo nota la connotazione «circolare» dell'articolazione del pensiero petrino. «La 1Pietro preferisce uno stile che solitamente viene definito "sapienziale", nel senso che assomiglia ad alcuni libri dell'AT: si ritorna sui temi principali non con un movimento rettilineo, ma ad ondate successive, che di volta in volta approfondiscono la riflessione offrendo sfumature differenti» (p. 397). Il centro vitale della lettera è rappresentato dall'esortazione a rimanere saldi nella fede come «stranieri e pellegrini in questo mondo». Anche nella condizione della persecuzione i credenti sono chiamati come «persone rigenerate» a seguire le orme di Cristo (connotazione «cristologica» della teologia petrina) e ad incarnare uno stile di carità che è il cuore della vita comunitaria.

Le ultime due lettere presentate, 2Pietro e Giuda, rivelano una dipendenza letteraria e teologica notevole (cfr. pp. 438-439). Circa la Seconda Lettera di Pietro (pp. 407-433) le questioni riguardanti l'autore, la datazione, il luogo e i destinatari rimangono aperte. Spicca la cospicua differenza letteraria tra la Prima e la Seconda Lettera di Pietro, il cui genere è tendenzialmente vicino ai «discorsi di addio» (cf. l'apocrifo: *Testamento dei dodici patriarchi*). Seguendo alcuni criteri letterari e tematici, Broccardo propone dopo il prescritto (1,1-2), una disposizione in tre parti: a) 1,3-21; b) 2,1-22; c) 3,1-18. Nella proporre la «guida alla lettura», il nostro autore mette in luce la connotazione escatologica e giudiziale dello scritto petrino. Nell'ottica della fede cristologica occorre interpretare la condizione dell'uomo nel mondo e la sua finitudine. Così i credenti sono invitati a fare memoria di Cristo crocifisso e risorto, nella certezza che Egli verrà nella sua gloria e giudicherà i falsi profeti e i falsi maestri. Tra i temi teologici segnalati spicca la questione della «parusia» che interpella l'identità dei credenti nella storia umana e la necessità di una fede illuminata dalla conoscenza di Cristo, che conduce ad una vita giusta.

Conclude la rassegna epistolare la presentazione della Lettera di Giuda (pp. 435-477), scritto singolare, soprattutto per i collegamenti con la letteratura apocriфа coeva. La brevità del testo ha portato alcuni autori a identificarla come un «volantino» o un «biglietto antieretico». Broccardo vi legge «un'esortazione a combattere per la fede: perché ci sono alcuni che stanno minando la stabilità dei credenti in maniera così subdola da passare inosservata, ed è giunto il tempo di impugnare le "armi" della Scrittura e della Tradizione per esortare i credenti a non mollare» (p. 437). Si indica la disposizione (1-4: introduzione; 5-16: descrizione degli infiltrati; 17-25: esortazioni alla comunità) e si evidenzia l'efficacia parentica della lettera finalizzata alla difesa della fede, anche se non emergono «elementi dottrinali tali da permettere di fare un discorso teologico» (p. 444).

Il nuovo manuale curato da A. Martin, M. Girolami e C. Broccardo si presenta meritorio sotto diversi aspetti. Ne riassumiamo almeno tre. In primo luogo spicca la dimensione «pedagogica» del testo, che offre al lettore una sintesi progressiva e semplificata delle problematiche esegetiche e teologiche di ogni singolo scritto ispirato. Un secondo aspetto è legato al metodo solido e «aperto» con cui gli autori presentano lo sviluppo delle lettere, coinvolgendo il lettore in un approfondimento personale delle questioni evidenziate (cfr. la ricca selezione bibliografica che caratterizza ogni lettera studiata). Un'ulteriore positività è rappresentata dalla capacità comunicativa del volume, in cui si coniuga armonicamente la serietà della ricerca con la fruibilità didattica dell'apprendimento e dello studio.

G. DE VIRGILIO

R. REPOLE, *Chiesa*, Cittadella, Assisi 2015, pp. 170.

ROBERTO Repole (1967), sacerdote de la archidiócesis de Turín y doctor en teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, es profesor de teología sistemática en la Sección de Turín de la Facultad de Teología del Norte de Italia. Ha dedicado gran parte de su labor teológica a un replanteamiento del modo de hablar de la Iglesia en el horizonte de la cultura contemporánea. Entre sus trabajos podemos destacar: *Il pensiero umile. In ascolto della Rivelazione* (2007); *L'umiltà della Chiesa* (2010); *Come stelle in terra. La Chiesa nell'epoca della secolarizzazione* (2012). En julio de 2015 la editorial *Cittadella* ha publicado, en la colección *Le parole della fede*, un nuevo trabajo suyo bajo el título *Chiesa*, objeto de esta recensión.

A primera vista, llama la atención el contraste existente entre la amplitud del tema, expresado en el título, y su modesta extensión (170 páginas). Este hecho encuentra su explicación en el objetivo perseguido por Repole al escribir este libro.

El Autor procura responder al deseo evangelizador de Papa Francisco, expresado en la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, con las siguientes palabras: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad”, (Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 27).

Repole, consciente de los numerosos estudios teológicos acerca de la Iglesia, pretende dar una respuesta de carácter operativo a la interpelación del Papa, reflexionando acerca del significado de la palabra Iglesia. Este modo de plantear el presente estudio responde, según el Autor, a la falta de fuerza evangelizadora que, para el siglo XXI, tiene el pensamiento teológico acerca de la Iglesia. Repole, lejos de pretender una revolución copernicana en el ámbito de la Eclesiología, plantea en este libro líneas de acción pastoral, o más concretamente, reflexiones teológicas a partir de las cuales desarrollar la acción evangelizadora solicitada por el Papa. Baste como ejemplo señalar el intento del Autor en subrayar la Iglesia como fruto de una realidad pascual, como expresión de Cristo resucitado que convoca (como Verbo eterno del Padre que es), da vida y se manifiesta a todos los hombres que le acogen (pág. 28). Y, junto con esto, Repole ve cómo la Iglesia se hace activa en la comunión, en la fraternidad cristiana (pág. 29), pues la comunión con Dios guía a la comunión de los creyentes y al amor entre ellos (pág. 58).

Esta síntesis del contenido teológico y pastoral de la palabra Iglesia está realizada a la luz de la Revelación Divina (Sagrada Escritura y Tradición), y del modo en que el Magisterio ha expuesto la naturaleza de la Iglesia a lo largo de la historia, con un estudio más detallado del Concilio Vaticano II.

El libro está estructurado en tres partes. La primera estudia la Iglesia a partir de las Sagradas Escrituras, lo cual permite al autor subrayar la centralidad de Cristo a la hora de secundar el deseo evangelizador expresado por el Papa Francisco. La segunda parte afronta el modo en que se ha entendido la palabra “Iglesia” a lo largo de la historia, desde los Santos Padres hasta el Concilio Vaticano II. De este modo, pone de manifiesto las distintas concepciones de la Iglesia que, en su devenir histórico, han privilegiado distintos objetivos. En ocasiones han atendido principalmente a consideraciones de carácter teológico, como es el caso de la época de los Santos Padres, y en otros momentos a motivos de carácter secular. Esto último, por ejemplo, ha ocurrido en el momento en que, a partir de la Edad Media se entiende la Iglesia como un cuerpo introducido en una sociedad civil (pág. 73).

En la tercera y última parte el Autor procura responder, a partir de la reflexión teológica de los documentos del Concilio Vaticano II, a las siguientes preguntas: ¿qué es la Iglesia?, ¿dónde está?, y ¿para qué existe/sirve la Iglesia?

Repole, lejos de pretender con esta estructura dar una visión exhaustiva del significado que ha adoptado la palabra “Iglesia” desde su constitución hasta nuestros días, procura entender dónde se necesita hoy hacer especial hincapié de modo que la Iglesia exprese toda su belleza y su capacidad misionera en la sociedad actual.

A lo largo del libro se puede observar el deseo del Autor de colocar a la Iglesia en el centro de la historia de la Salvación. En este sentido, hace una exposición histórica y teológica de las distintas imágenes de la Iglesia – Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios, Cuerpo Místico de Cristo, Misterio de Cristo – procurando valorar cada una de ellas en el contexto de la Salvación. Al exponer las ventajas e inconvenientes de cada una de las imágenes de la Iglesia, Repole se apoya en el pensamiento teológico de algunos autores, como Yves Marie-Joseph Congar, Henri de Lubac, M. Dominicos Koster y Romano Guardini, entre otros.

Naturalmente, para entender la Iglesia, no es suficiente hacer uso de una sola imagen, pues la Iglesia en su esencia es un Misterio. No obstante, el Autor se inclina por considerar la imagen de la Iglesia Pueblo de Dios como la más adecuada ante la exigencia de una nueva evangelización, ya que sitúa a la Iglesia en el centro de la historia de la Salvación. La Iglesia Pueblo de Dios llama la atención sobre la importancia de los sacramentos de la iniciación cristiana para formar parte de ese Pueblo escogido; y expresa que el primer destinatario de la Revelación de Dios al hombre es la comunidad (pág. 104).

Aunque atiende especialmente a la imagen del Pueblo de Dios, Repole no deja en un segundo lugar el Misterio de Cristo presente en la naturaleza de la Iglesia. Más concretamente, llega a afirmar que la Iglesia no es sino la humanidad unificada en Cristo, predestinada en relación a la misma predestinación de Cristo (pág. 110). Así, la Iglesia es Pueblo de Dios, en el sentido de que su carácter social no es resultado del acuerdo entre sus miembros, sino que más bien tiene su origen en el obrar salvador de Dios en Cristo. Por este motivo es una realidad social que se estructura según la dinámica de la comunidad (pág. 114), en cuanto que ésta es Cuerpo de Cristo (pág. 120).

Y el sentido de pertenencia a este Pueblo es la salvación: Dios salva, pero no de un modo pasivo. El hombre se salva en la medida en que se introduce en el Pueblo y se une al proceso salvador.

Al tratarse la Iglesia de una realidad definida con múltiples categorías o imágenes, no podemos caer en la tentación de definirla bajo una sola categoría. Cosa distinta es que la reflexión teológica haya hecho especial hincapié en alguna categoría dejando de lado otras, en función del contexto cultural histórico en que se encontraba. Por este motivo, en el siglo XXI, la reflexión teológica acerca de la

Iglesia no puede obviar su entorno cultural y debe, como en otras épocas, encontrar el modo de hacerse más cercana en orden a su fin salvador.

Para concluir, podemos afirmar que la lectura de este libro es ágil, posiblemente por el carácter práctico del objetivo perseguido. Además, invita al lector a preguntarse acerca del modo en que él mismo se siente Iglesia y expresa su pertenencia a Ella.

C. IZA

TH. SÖDING, *Nächstenliebe. Gottes Gebot als Verheißung und Anspruch*. Herder, Freiburg – Basel – Wien, 2015, pp. 423.

THOMAS Söding hat mit diesem Buch eine ausgezeichnete Katechese vorgelegt. Intelligente und gläubige Christinnen und Christen, die ihren Glauben im Zentralaspekt der Lehre Jesu biblisch vertiefen möchten finden darin eine schriftliche Informationsquelle, die ohne Angriffe gegen das päpstliche Lehramt auskommt. Es ist ein bibeltheologisches Buch über die Nächstenliebe, das für das Studium, aber auch als geistliche Lesung empfohlen werden kann.

In der kurzen Einleitung werden die sieben Fragen vorgestellt, die am Ende jedes Kapitels beantwortet werden: Wer ist der Nächste? Was ist Nächstenliebe? Wie zeigt sich die Nächstenliebe? Wer fordert die Nächstenliebe? Wer ist zur Nächstenliebe gerufen? Wie verhalten sich Nächstenliebe und Selbstliebe zueinander? Welchen Stellenwert hat die Nächstenliebe? Danach lotet der Autor das Feld der verschiedenen Worte aus, die in der altgriechischen Sprache verwendet wurden, um die Liebe zu bezeichnen. Die darauf folgenden 50 Seiten weisen nach, dass die Nächsten- und sogar Feindesliebe zum ethischen Schatz auch des Judentums gehören. Der Hauptteil des Werkes jedoch ist dem Neuen Testament, dem „Buch der Nächstenliebe“ gewidmet. Ihre zentrale Bedeutung für das Christentum wird gesondert für jedes Buch des Neuen Testaments, außer dem Hebräerbrief und der Geheimen Offenbarung, aufgeschlüsselt. Trotz der Unterschiede zwischen den einzelnen neutestamentlichen Schriften wird deutlich, dass die Nächstenliebe das Zentrum christlicher Ethik bildet. Am Schluss des Buches wird das Voranstehende zu einer Gesamtsicht zusammengefasst. Der Hebräerbrief und die Offenbarung wurden vom Autor leider als nicht ergiebig ausgeschieden. Vielleicht hätten diese Bücher herangezogen werden können, um die Verankerung des moralischen Lebens in der Liturgie aufzuzeigen.

Kritisch angemerkt werden kann, dass die Stärke des Buches zugleich seine Schwäche ist: Der Autor ist nicht Moralthologe, sondern ein Exeget des Neuen

Testaments, der eine Abhandlung über ein moraltheologisches Thema verfasst. Deswegen hat er seinen Fachkollegen, die nicht Exegeten sind, einiges zu sagen. Ein Moraltheologe etwa liest das Buch einerseits sicherlich über weite Strecken mit Gewinn, besonders die Kapitel über das johanneische und paulinische Verständnis des Liebesgebots. In diesen Abschnitten werden die Nuancen und Unterschiede einerseits zu den Synoptikern aber auch innerhalb des jeweiligen schriftstellerischen Korpus entfaltet. Andererseits jedoch schreibt der Autor stellenweise an der aktuellen moraltheologischen Diskussion vorbei. Dies fällt besonders im Kapitel über die Bergpredigt auf, in dem kaum auf die theologische Literatur und die gegenwärtigen Debatten eingegangen wird.

Das Gesamturteil ist indes jedenfalls positiv: der Leser fühlt sich nach der Lektüre dieses Buches im Glauben herausgefordert und dazu aufgefordert, das Gelesene in die Praxis umzusetzen.

M. SCHLAG

L. VITTURI, *La fraternità ecclesiale in Ottato di Milevi. «La dote della Sposa»* (Sofia. Epistème / Studi e ricerche 12), Edizioni Messaggero, Padova 2015, pp. 156.

A pochi anni di distanza dalla pubblicazione del libro *Il «Concilium Carthaginiense sub Grato»: testo e commento* (Venezia 2006), Luigi Vitturi, professore presso lo Studium Generale Marcianum di Venezia e apprezzato interprete della letteratura cristiana dell’Africa Romana, da pochi mesi è in libreria con *La fraternità ecclesiale in Ottato di Milevi*, un lavoro che nel considerare il *De schismate donatistarum* come «una composizione organica ed unitaria», dove ricercare «la prospettiva propria dell’autore» in rapporto con le circostanze specifiche e i problemi del suo tempo, recepisce opportunamente le indicazioni metodologiche della Mazzucco (cfr. C. Mazzucco, *Ottato di Milevi in un secolo di studi, problemi e prospettive*, Bologna 1993, pp. 191-192). È vero infatti che in questa sua ultima fatica Vitturi individua nell’ecclesiologia il denominatore comune di tutte le molteplici questioni sollevate nel trattato del vescovo di Milevi. E proprio l’interesse per l’ecclesiologia lo porta a riconoscere in Ottato, oltre alla *vis polemica* di chi vuole difendere la propria comunità dagli attacchi dei donatisti, la *sollicitudo pastoralis* di chi si sforza di mettere in luce gli elementi di unione, e attraverso la *fraternitas in Christo* «è capace di delineare un percorso di vita cristiana, un vero itinerario spirituale» (p. 13), che può offrire anche oggi l’opportunità di riflettere sulle proprietà della Chiesa riportate dal Simbolo di fede e confermate dal Vaticano II (p. 14).

Nello specifico questo lavoro si compone di due parti. Nella prima parte presenta una dettagliata ricostruzione storica della controversia donatista, dai prodromi fino al 411, ovvero dalla morte di Mensurio fino alla conclusione ufficiale dello scisma. Qui parla della cosiddetta questione dei *traditores* sorta all'indomani della persecuzione di Diocleziano (pp. 21-23), ripercorre le varie fasi in cui si svolse prima l'elezione di Ceciliano a vescovo di Cartagine (pp. 23-28) e poi la missione di Paolo e Macario in Numidia (pp. 29-33), e arriva a occuparsi anche delle violenze commesse dai circoncellioni ai danni dei cattolici e dell'applicazione dell'editto di Onorio del 405 (pp. 38-40). Viceversa nella seconda mostra come «lo scisma donatista, insieme alla sofferenza e alle incomprensioni dovute all'aspro e talvolta violento confronto tra le due parti in causa, portò con sé anche l'opportunità di approfondire la teologia» (p. 60) e di riflettere sul tema della fraternità. Qui vi troviamo un'ampia disamina delle note della Chiesa volta a mettere in evidenza i tratti più innovativi del pensiero di Ottato e finalizzata a mostrare che in luogo delle doti della Chiesa alle quali si era appellato Parmeniano, cioè in luogo della cattedra, dell'angelo, dello spirito, del sigillo e del fonte battesimale (pp. 95-99), il vescovo di Milevi preferiva fare riferimento alle note della Chiesa, cioè all'unicità, alla santità, alla cattolicità e alla apostolicità, in conformità con quanto era stato sancito pochi decenni prima dal Simbolo niceno-costantinopolitano (pp. 101-113). Proprio perché intorno alla cattolicità si concentravano quasi tutti i motivi che animavano la discussione di Parmeniano, l'autore si sofferma diffusamente su questa nota della Chiesa, facendo vedere che per Ottato l'aggettivo "cattolico" poteva essere utilizzato a pieno titolo per designare la comunità "mondiale" in contrapposizione alla comunità locale, ma serviva anche per distinguere l'ortodossia dall'eresia, in linea con Henri De Lubac (cfr. *Pluralismo di Chiese o unità?*, Brescia 1973, p. 28), che attribuisce al termine "cattolico" «l'idea di un tutto organico, di una coesione, di una sintesi salda, di una realtà non già dispersa» (p. 107).

Nel complesso Vitturi ricostruisce efficacemente la situazione che caratterizzava la Proconsolare tra l'elezione di Maggiorino e la Conferenza di Cartagine presieduta dal funzionario imperiale Marcellino. Anche se non menziona il concilio di Cirta, che effettivamente si trova all'origine del donatismo, e non prende in considerazione i contrasti tra primianisti e massimianisti, che si imposero all'attenzione nella seconda metà del IV secolo, si dimostra un buon conoscitore delle fonti della letteratura cristiana antica e alla luce di queste analizza correttamente tutti gli aspetti che prende in considerazione. In particolare per quanto riguarda la cattedra, l'angelo, lo spirito, il sigillo e il fonte battesimale, ipotizza che la dottrina delle doti possa essere stata utilizzata per la prima volta da Parmeniano, ma fa notare che vi si trova qualcosa di molto simile anche in Origene (p. 93). Inoltre per quanto riguarda la vita episcopale, presenta la fraternità come un elemento di comunione (pp. 113-115), che affonda le sue radici nella cultura tanto veterotestamentaria quanto pagana (p. 115), ma si sviluppa in modo specifico

nel cristianesimo primitivo (pp. 116-118), quando assume uno speciale significato nella comunità religiosa di Tertulliano e Cipriano (pp. 119-122).

Giustamente questo lavoro associa la dottrina delle doti al *Cantico dei Cantici*, dove la Chiesa è raffigurata come la Sposa che riceve dal suo Sposo alcuni specifici ornamenti che la rendono bella (p. 91). In effetti dal testo biblico si evince che la Chiesa è santa, non per i suoi meriti, ma per i doni che ha ricevuto da Cristo. E analogamente il *De schismate donatistarum* insiste sul fatto che i sacramenti donano la santità, non per i meriti dei ministri, ma grazie all'intervento di Cristo (p. 92). Probabilmente laddove Vitturi dice che «Ottato si sforza di dare alla *fraternitas* valore di *dos*» (p. 129), si sarebbe potuta spiegare meglio la relazione che passa tra la dottrina delle doti e il tema della fraternità; così come laddove paragona «la paternità di Dio... – definita da Ottato – come una vera e concreta incorporazione a Cristo, che nell'incarnazione assume la nostra fraternità per comunicare la sua» (p. 130) alla «paternità di Dio – definita da Ratzinger – come una paternità mediata nel Figlio, che include l'unità fraterna in lui» (*ibidem*), si sarebbe potuta approfondire maggiormente l'affinità che intercorre tra le parole di Ottato e le parole di Ratzinger. Visto che molti secoli separano il *De schismate donatistarum* dalla produzione letteraria dell'attuale papa emerito, ci sembra ragionevole pensare che quanto scrive Ratzinger (cfr. *La fraternità cristiana*, Brescia 2005, pp. 59-60) non derivi esclusivamente dal cristianesimo antico, ma risenta anche della speculazione teologica successiva. D'altra parte se l'indiscutibile affinità terminologica registrata tra gli autori sopracitati fosse stata in qualche modo contestualizzata, avrebbe assunto una rilevanza maggiore. Comunque il lettore si potrà orientare agevolmente in una materia notoriamente poco frequentata dai non addetti ai lavori, e avrà a disposizione molti strumenti utili per comprendere e apprezzare quella che fu l'originalità del vescovo di Milevi.

P. MARONE